

Liber CLXI: Concerning the Law of Thelema

Acerca de la Ley de Thelema

Aleister Crowley

ABADÍA ARGENTUM

Liber CLXI

O.T.O.

Acerca de la Ley de Thelema

Epístola escrita al Profesor L... B... K..., quien también esperaba el Nuevo Eón, acerca de la O.T.O. y de su solución de diversos problemas de la Sociedad Humana, en particular los que conciernen a la Propiedad, y ahora reimpresa para Circulación General.

Mi estimado señor:

Haz lo que tú quieras será el todo de la Ley.

Me alegró recibir su carta de consulta con respecto al Mensaje del Maestro Therion. Le llamó la atención, con bastante naturalidad, que en la superficie hay poca distinción entre la Nueva Ley y el canon de la Anarquía; y usted pregunta: "¿Cómo ha de cumplirse la Ley en el caso de dos muchachos que quieren comer la misma naranja?".

Pero como solo un muchacho (a lo sumo) puede comer la naranja, es evidente que uno de ellos se equivoca al suponer que comerla es esencial para su Voluntad. La cuestión ha de decidirse a la buena manera antigua: peleando por ella. Todo lo que pedimos es que la pelea se libre caballerosamente, con respeto por el coraje del vencido. "¡Como hermanos combatid!".

En otras palabras, la única diferencia respecto de nuestro estado actual de la sociedad es que los modales mejoran.

Hay muchas personas que son esclavas por naturaleza, que no tienen estómago para pelear, que entregan mansamente todo a cualquiera lo bastante fuerte para tomarlo. Estas personas no pueden aceptar la Ley. Esto también está comprendido y previsto en el Libro de la Ley: "Los esclavos servirán". Pero es posible que cualquier esclavo aparente pruebe su señorío combatiendo a sus opresores, igual que ahora; solo que en nuestro sistema tiene esta oportunidad adicional: su conducta será observada con ojo benévolo por nuestras autoridades, y su valentía será recompensada con la admisión en las filas de la clase de los amos. Además, se le dará juego limpio.

Usted podrá preguntar ahora cómo son posibles tales disposiciones. Hay una sola solución para este gran problema. Siempre se ha admitido que la forma ideal de gobierno es la de un "déspota benévolo", y los despotismos solo han caído porque en la práctica es imposible asegurar la buena voluntad de quienes están en el poder. Las reglas de la caballería, y las del Bushido en Oriente, dieron la mejor oportunidad de formar gobernantes del tipo deseado. La caballería fracasó principalmente porque se vio enfrentada a problemas nuevos; hoy sabemos perfectamente cuáles eran esos problemas, y somos capaces de resolverlos.

Todos los hombres instruidos entienden en general que el bienestar general es necesario para el más alto desarrollo de lo particular; y los males de América se deben en gran parte al hecho de que los hombres en el poder carecen a menudo por completo de toda educación general.

Quisiera llamar su atención sobre el hecho de que muchas órdenes monásticas, tanto en Asia como en Europa, han logrado sobrevivir a todos los cambios de gobierno y asegurar vidas agradables y útiles a sus miembros. Pero esto ha sido posible solo porque se imponía una vida restringida. Sin embargo, hubo órdenes de monjes militares, como los Templarios, que crecieron y prosperaron sobremanera. Usted recuerda que la Orden del Temple solo fue derribada por un traicionero golpe de Estado por parte de un Rey y de un Papa que veían su programa reaccionario, oscurantista y tiránico amenazado por aquellos caballeros que no tenían escrúpulo en añadir la sabiduría de Oriente a su propia y amplia interpretación del cristianismo, y que representaban en aquel tiempo un movimiento hacia la luz del saber y de la ciencia, movimiento que ha dado fruto en nuestros propios tiempos, por un lado, gracias a los trabajos de los orientalistas, desde Von Hammer-Purgstall y Sir William Jones hasta el Profesor Rhys Davids y Madame Blavatsky, por no hablar de filósofos como Schopenhauer; y, por el otro, gracias a los heroicos esfuerzos de Darwin, Huxley, Tyndall y Spencer.

No tengo simpatía alguna por quienes claman contra la propiedad, como si lo que todos los hombres desean fuera necesariamente malo; el instinto natural de todo hombre es poseer, y mientras el hombre permanezca en ese ánimo, los intentos de destruir la propiedad no solo serán vanos, sino perjudiciales para la comunidad. No hay protesta contra los derechos de propiedad allí donde la sabiduría y la bondad la administran. El hombre común no es tan irrazonable como el demagogo, para sus propios fines egoístas, pretende que es. Los grandes nobles de todos los tiempos han sido por lo general

capaces de crear una familia feliz con quienes dependían de ellos, y una lealtad y una devoción inquebrantables han sido su recompensa. El secreto ha sido principalmente este: se consideraban nobles tanto por naturaleza como por nombre, y tenían por vergüenza infame que cualquier servidor suyo sufriera una desgracia innecesaria. El advenedizo de hoy carece de este sentimiento; debe tratar constantemente de probar su superioridad exhibiendo su poder; y la dureza es su única arma.

En toda sociedad donde cada persona tiene su lugar asignado, y un lugar con su propio honor especial, nacen el respeto mutuo y el respeto de sí mismo. Todo hombre es a su manera un rey, o al menos heredero de algún reino. Tenemos hoy muchos ejemplos de una sociedad así, notablemente las universidades y todas las asociaciones deportivas. El N.º 5 de la tripulación de Harvard no se da vuelta en medio de la regata para reprocharle al N.º 4 que sea apenas el N.º 4; ni el lanzador y el receptor de una novena de béisbol de primera se injurian mutuamente porque sus tareas son distintas. Ha de notarse que, dondequiera que el trabajo en equipo es necesario, la tolerancia social es esencial. El soldado raso es investido con un uniforme lo mismo que su oficial, y en todo ejército debidamente instruido se le enseñan sus propios cánones de honor y de respeto de sí mismo. Este sentimiento, más que la mera disciplina o la posesión de armas, hace que el soldado sea moralmente más que un rival para un hombre que no está revestido así de la debida reverencia por sí mismo y por su profesión. Hombres universitarios que han atravesado alguna crisis de penuria o de tentación me han contado a menudo que la columna vertebral de su resistencia fue el "viejo taller". Mucho de

esto lo sienten evidentemente quienes hablan de restablecer los antiguos gremios de oficios.

Pero temo que me desvío. Sin embargo, ya he puesto ante usted los puntos principales de mi tesis. Necesitamos extender a la totalidad de la sociedad el sentimiento peculiar que reina en nuestras instituciones más exitosas, como los servicios armados, las universidades, los clubes.

El cielo y el infierno son estados del espíritu; y si el diablo es de veras orgulloso, su infierno poco puede herirlo. Esto es, pues, lo que deseo subrayar: quienes aceptan la Nueva Ley, la Ley del Eón de Horus, el niño coronado y conquistador que reemplaza en nuestra teogonía a la víctima doliente y desesperada del destino, la Ley de Thelema, que es Haz Lo Que Tú Quieras, quienes la aceptan (digo) se sienten de inmediato reyes y reinas. "Todo hombre y toda mujer es una estrella" es la primera afirmación del Libro de la Ley. En el folleto "La Ley de la Libertad" este tema se borda con considerable esmero, y no lo molestaré con más citas.

Usted dirá enseguida que el estado de espíritu celestial así inducido se verá en aprietos para soportar el hambre y el frío. Ese pensamiento se le ocurrió también a nuestro fundador, y procuraré exponerle el esqueleto de su plan para apartar tal desgracia (o al menos tal prueba) de sus adherentes.

En primer lugar, se valió de cierta organización cuyo control se le ofreció, a saber, la O.T.O. Esta gran Orden aceptó la Ley de inmediato, y se vio justificada por el repentino y gran resurgimiento de sus actividades.

La Ley le fue dada a nuestro fundador hace doce años; la O.T.O. llegó a sus manos ocho años más tarde, en el año vulgar 1912. No ha de suponerse que estuviera ocioso durante el período anterior; pero era muy joven, y no tenía idea de tomar medidas prácticas para extender el Dominio de la Ley: proseguía sus estudios. Sin embargo, con el súbito crecimiento de la O.T.O. a partir de 1912 e.v., comenzó a percibir un método para llevar la Ley a la práctica general, para hacer posible que hombres y mujeres vivieran de acuerdo con los preceptos establecidos en el Libro de la Ley y cumplieran sus voluntades; no digo que satisficieran sus caprichos pasajeros, sino que hicieran aquello para lo cual estaban destinados por su propio alto destino.

Porque en este universo, dado que está en equilibrio y la suma total de sus energías es por lo tanto cero, toda fuerza que hay en él es igual y opuesta a la resultante de todas las demás fuerzas combinadas. El Ego es por lo tanto siempre exactamente igual al No-Ego, y la destrucción de un átomo de helio sería tan catastrófica para la conservación de la materia y la energía como si un millón de esferas fueran borradas hasta la aniquilación por la voluntad de Dios.

Bien sé que a partir de este punto usted podría arrastrarme sutilmente a la trampa para tigres de la Controversia del Libre Albedrío; me haría difícil incluso decir que es mejor cumplir el propio destino de manera consciente y gozosa que como una piedra; pero estoy en guardia. Volveré a la política llana y al sentido común.

Nuestro Fundador, pues, cuando reflexionó sobre este asunto desde un punto de vista puramente práctico, recordó aquellas

instituciones que le eran familiares y que florecían. Pensó en monasterios como Monsalvat, en universidades como Cambridge, en clubes de golf como Hoylake, en clubes sociales como el Cocoa-Tree, en sociedades cooperativas y, habiendo residido en América, en los Trusts. En su mente amplió cada uno de ellos a su enésima potencia, los combinó como el químico experto que era, consideró sus excelencias y sus limitaciones; en una palabra, meditó profundamente sobre todo el tema, y concluyó con la visión de una sociedad perfecta. Vio a todos los hombres libres, a todos los hombres ricos, a todos los hombres respetados; y plantó la semilla de su Utopía entregando su propia casa a la O.T.O., la organización que habría de poner en marcha su plan, bajo ciertas condiciones. Lo que había previsto ocurrió; había poseído una casa; al entregarla se convirtió en dueño de mil casas. Renunció al mundo, y lo encontró a sus pies.

Eliphaz Levi, el gran mago de mediados del siglo pasado, cuya filosofía hizo posible el extraordinario estallido literario de Francia en los años cincuenta y sesenta por su doctrina de la autosuficiencia del Arte ("Un estilo bello es una aureola de santidad" es una frase suya), profetiza acerca del Mesías en un pasaje notable. Se verá que nuestro fundador, nacido como fue en la púrpura, lo ha cumplido.

No tengo el volumen a mi lado, viviendo como vivo esta vida de ermitaño en New Hampshire, pero su esencia es que los Reyes y los Papas no tienen poder para redimir al mundo porque se rodean de esplendor y dignidad. Poseen todo lo que los demás hombres desean, y por lo tanto sus motivos son sospechosos. Si alguna persona de posición, dice Levi, insiste en llevar una vida

de privaciones e incomodidades cuando podría hacer otra cosa, entonces los hombres confiarán en ella, y será capaz de ejecutar sus proyectos para el bien general de la comunidad. Pero, naturalmente, debe cuidarse de no relajar sus austeridades a medida que su poder aumenta. Hagan incompatibles el poder y el esplendor, y el problema social queda resuelto.

"¿Quién es ese viejo andrajoso que roe un mendrugo seco junto a aquella cabaña?"
"Es el Presidente de la República."

Donde el honor es el único bien posible que puede obtenerse del ejercicio del poder, el hombre en el poder se esforzará solo por el honor.

Lo anterior es un caso extremo; nadie necesita ir tan lejos hoy en día; y es importante que el Presidente haya estado acostumbrado a la tortuga de agua dulce y a la bécasse flambé antes de entrar en la política.

Usted preguntará cómo funcionó esto, y cómo opera el sistema inaugurado por él. Es sencillo. La autoridad y el prestigio en la Orden son absolutos, pero mientras los grados inferiores dan aumento de privilegio, los superiores dan aumento de servicio. El poder en la Orden depende, por lo tanto, directamente de la disposición a ayudar a los demás. También se enseña la tolerancia en los grados superiores; de modo que nadie puede ser siquiera Inspector de la Orden a menos que esté igualmente bien dispuesto hacia todas las clases de opinión. Usted puede tener seis esposas o ninguna; pero si tiene seis, se le exige que no las deje hablar todas a la vez, y si no tiene ninguna, se le exige que se

abstenga de aburrir a los demás con ditirambos sobre su propia virtud. Esta tolerancia se enseña mediante un curso peculiar de instrucción cuya naturaleza sería tan imprudente como impertinente revelar; le pido que acepte mi palabra de que es eficaz.

Con esta disposición, es fácil ver que la intolerancia y el esnobismo son imposibles; pues el ejemplo dado por los miembros de los grados superiores, universalmente respetados, va en contra de ello. Puedo añadir que los miembros están unidos por la participación en ciertos misterios, que conducen a un clímax sintético en el que se comunica un único secreto cuya naturaleza es tal que pone fin para siempre a toda división en torno a esas fértiles causas de disputa: el sexo y la religión. La posesión de este secreto da a los miembros con derecho a él tal calma de autoridad que el perfecto respeto que se les debe nunca les falta.

Así, pues, usted ve a los hermanos habitando juntos en unidad; y se pregunta si la codicia de la posesión no podría causar división. Por el contrario, este asunto ha sido la excelente causa de la prosperidad general. En la mayoría de los casos la propiedad se desperdicia. Uno tiene seis casas; tres quedan sin alquilar. Uno tiene el 20 por ciento de las acciones de cierta compañía; y lo deja afuera la persona que tiene el 51 por ciento. Hay mil peligros e inconvenientes en la posesión de los bienes de este mundo que ralean los cabellos de quienes se aferran a ellos.

En la O.T.O. se evita todo este problema. La propiedad que cualquier miembro de la Orden quiera se entrega a los Grandes Oficiales, ya sea como donación o en fideicomiso. En este último

caso se administra en interés del donante. Al ponerse así la propiedad en común, se logran inmensas economías. Un abogado hace el trabajo de cincuenta; los agentes inmobiliarios alquilan casas en lugar de limitarse a escribir asientos engañosos en los libros; la O.T.O. controla la compañía en lugar de media docena de accionistas aislados e impotentes. Todo lo que la O.T.O. halla para hacer, lo hace con todas sus fuerzas; nadie se atreve a oponerse al poder de una corporación así centralizada, así ramificada. Hacerse miembro de la O.T.O. es enganchar su carro a una estrella.

¿Pero si usted es pobre? ¿Si no tiene propiedad? La O.T.O. lo ayuda igualmente. Siempre habrá casas desocupadas que usted podrá cuidar sin pagar alquiler; hay certeza de empleo, si lo desea, por parte de otros miembros. Si usted tiene una tienda, puede estar seguro de que los miembros de la O.T.O. serán sus clientes; si es médico o abogado, serán sus clientes. ¿Está enfermo? Los demás miembros se apresuran a su lecho para preguntarle qué necesita. ¿Necesita compañía? La Casa Profesa de la O.T.O. está abierta para usted. ¿Requiere un préstamo? El Tesorero General de la O.T.O. está facultado para adelantarle, sin interés, hasta el monto total de sus cuotas y suscripciones. ¿Está de viaje? Tiene derecho a la hospitalidad del Maestro de una Logia de la O.T.O. durante tres días en cualquier lugar. ¿Desea educar a sus hijos? La O.T.O. los preparará para la batalla. ¿Está en desacuerdo con un hermano? El Gran Tribunal de la O.T.O. arbitrará entre ustedes sin cargo. ¿Está moribundo? Tiene la facultad de dejar el monto total que haya pagado al Tesoro de la O.T.O. a quien usted quiera. ¿Quedarán huérfanos sus hijos? No; pues serán adoptados, si usted lo desea, por el Maestro de su

Logia o por el Gran Maestro de la O.T.O. En suma, no hay circunstancia de la vida en la que la O.T.O. no sea a la vez espada y escudo.

¿Se asombra? ¿Responde usted que esto solo puede ser por generosidad, por divina caridad del alto hacia el bajo, del rico hacia el pobre, del grande hacia el pequeño? Tiene usted mil veces razón; ha comprendido el secreto de la O.T.O.

Que tales cualidades puedan florecer en una comunidad extensa puede sorprender a un estudioso de la humanidad tan eminente y tan profundo como usted; sin embargo, abundan los ejemplos de prácticas de lo más antinaturales y repugnantes para la humanidad que se han mantenido a lo largo de siglos. No necesito recordarle Jagannath[1] y los sacerdotes de Attis, como casos extremos.

A fortiori, pues, ha de ser posible formar a los hombres en la independencia, en la tolerancia, en la nobleza de carácter y en los buenos modales, y esto se hace en la O.T.O. mediante ciertos métodos muy eficaces que (pues no me arriesgaré a fatigarlo más) no describiré. Además, son secretos. Pero más allá de ellos está el incentivo supremo: el avance en la Orden depende casi por entero de la posesión de tales cualidades, y es imposible sin ella. Siendo el poder el principal deseo del hombre, solo es necesario condicionar su posesión de manera que no se abuse de él.

La riqueza no cuenta para nada en la O.T.O. Por encima de cierto grado, toda propiedad realizable, con ciertas excepciones obvias (las cosas de uso diario y similares), debe ponerse a nombre de la

O.T.O. La propiedad puede disfrutarse de acuerdo con la dignidad del adepto de tal grado, pero él no puede dejarla ociosa ni sustraerla al bien común. Puede viajar, por ejemplo, como viaja un magnate ferroviario; pero no puede perjudicar a la comunidad atravesando su vagón privado sobre las cuatro líneas principales.

Incluso la eminencia intelectual y la capacidad ejecutiva están en cierto modo devaluadas en la Orden. Siempre se encuentra trabajo para las personas que poseen estas aptitudes, y alcanzan alta posición y renombre como recompensa; pero no avance en la Orden, a menos que muestren talento para el gobierno, y este se mostrará mucho más por la nobleza de carácter, la firmeza y la suavidad, el tacto y la dignidad, el alto sentido del honor y los buenos modales: aquellas cualidades (en suma) que son, en las mejores mentes, predicados naturales de la palabra caballero. El conocimiento de este hecho no solo inspira confianza en los miembros más jóvenes, sino que los induce a emular a sus mayores.

Para apreciar el funcionamiento real del sistema, es necesario visitar nuestras Casas Profesas. (Se espera que en breve se establezcan algunas en los Estados Unidos de América.) Algunas son como los castillos de los barones medievales, otras son simples casitas de campo; el mismo espíritu reina en todas. Es el de la hospitalidad perfecta. Cada uno es libre de hacer lo que quiera; y el lujo de este goce es tal que se vuelve cuidadoso de no perturbar el igual derecho de los demás. Con todo, como la autoridad del Abad de la Casa es suprema, cualquier falta en la observancia de esta regla se enfrenta con la energía apropiada. El

caso no puede presentarse realmente, a menos que las circunstancias estén muy por fuera de lo ordinario; pues el período de hospitalidad está estrictamente limitado, y las prórrogas dependen de la buena voluntad del Abad. Naturalmente, como hace falta de todo para hacer un mundo (y nos regocijamos en esa diversidad que hace de nuestra unidad un milagro tan exquisito), algunas Casas Profesas le convendrán a una persona, otras a otra. Y los pájaros del mismo plumaje aprenderán a volar juntos. Sin embargo, como el bienestar de la Orden y el estudio de sus misterios están en el corazón de todo miembro de la Orden, hay inevitablemente un terreno común en el que todos pueden encontrarse.

Temo haber agotado su paciencia con esta carta, y le ruego que me disculpe. Pero, como usted sabe, de la abundancia del corazón habla la boca... ¡tiene usted toda la razón en replicar que no necesita hablar tanto!

No añado más, sino nuestro alegre saludo a todos los hombres:

Amor es la ley, amor bajo voluntad.

Quedo, estimado señor,
Suyo en los Lazos de la Orden,
J. B. MASON.

---

1. La fuente escaneada trae "laga-math", error evidente de impresión o de reconocimiento por "Jagannath", el culto hindú de Puri asociado en la literatura europea del siglo XIX a fieles que se arrojaban bajo las ruedas de su carro. (N. del T.) ↩

Traducción al español hecha directamente desde el original inglés en dominio público.

Abadía Argentum: https://thelema.prometeolatam.online

Agradecimiento a Frater Adael por el armado de la biblioteca.

Traducciones de la Abadía Argentum bajo licencia Creative Commons Atribución, No Comercial, Compartir Igual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0). Los textos originales están en dominio público.

La Abadía Argentum es libre y gratuita. Si querés sostenerla, podés hacer una donación libre en https://thelema.prometeolatam.online/sobre/#donar